

Homilía de XXX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“Jesús dijo al ciego, anda tu fe te ha curado”

Pautas para la homilía

El ciego Bartimeo gritaba, Hijo de David, ten compasión de mi.

Nos encontramos ante uno de los pasajes evangélicos más conocidos, se trata de la sanación de un ciego de nacimiento que en el encuentro con Jesús recobra la vista. La narración de este episodio es fundamental para entender el proceso de la fe. El relato presenta unas secuencias o pasos previos, muy sugerentes, hasta llegar a una fe viva que culmina en el compromiso cristiano. Pasamos a comentarlo con más detalle.

El evangelio de Marcos, nos presenta a Jesús rodeado de sus seguidores camino de Jerusalén donde va a consumir su misión en la cruz. Es importante hacer notar que para los evangelistas este peregrinaje hacia Jerusalén es un tiempo y una ocasión que Jesús aprovecha para mostrar a sus seguidores, las características de su proyecto mesiánico, los valores del Reino de Dios, e intentar cambiar su mentalidad, llamándolos a la conversión. Sus paisanos y amigos eran gente sencilla y a la vez sincera, que le seguían, pero su religiosidad estaba centrada en la normativa rígida de la ley, comentada por escribas y fariseos. Su concepto de Dios se fundamentaba más en el temor que en el amor. En este relato, nos encontramos ya en el último tramo del camino, van dejando atrás la pequeña aldea de Jericó, ya se divisa Jerusalén, donde Jesús consumará su acción liberadora muriendo en la cruz. El clima y sus palabras, en este contexto, son por ello muy significativas. Es en este escenario donde se produce el milagro en la persona del ciego Bartimeo. Todos los detalles de este relato son muy interesantes para conocer el proceso interior que se obra en este pobre ciego.

Está sentado al borde del camino pidiendo limosna, en aquella sociedad era un marginado, habría pecado él o sus padres, la cultura judía así lo veía. Era un espectador, pero había oído hablar de Jesús, un profeta que hacía milagros. Todos estos detalles tienen la intencionalidad de hacernos ver que no era un creyente ni un seguidor de Jesús, era más bien un excluido que no contaba nada en una sociedad tan religiosa y convencional.

Este hombre ciego percibe la llegada de un personaje del que había oído hablar. Aquí comienza un proceso que despierta un interés y una esperanza que no renuncia a la búsqueda de un remedio que cambie su vida. A la vez, en lo más profundo de su interioridad, se despierta su religiosidad. Hay que pensar que como israelita habría sido educado en un clima religioso que, aunque escéptico por su situación, estaba ahí. Todo ello, le conmueve y le lleva a gritar repetidamente: “Jesús Hijo de David, ten compasión de mí”.

Esta exclamación es importante pues es un modo de reconocer que aquel profeta, que pasa a su lado, no es un curandero vulgar, ni siquiera un profeta más, por eso le llama “Hijo de David”. Estamos ya ante un movimiento interior que le lleva hacia una expresión de auténtica fe en Jesús, el enviado de Dios, pues todo buen judío sabía que el Mesías, sería de la estirpe de David.

Jesús se detuvo y dijo: Llamadlo.

La gente cercana al ciego se lo comunica diciéndole: ánimo levántate que te llama... Es importante señalar el papel de la gente, el ánimo de la comunidad que acompaña diciéndonos que podemos levantarnos. Todo este proceso le hace tomar conciencia de su propio valor, no se siente ya solo, al margen de la vida, se pone en movimiento. Al decir que soltó el manto, deja el pasado, da un salto y se acerca a Jesús que le dice: “Que quieres que haga por ti”, el ciego le contestó. “Maestro, que pueda ver”. Jesús le cura y añade algo sustancial: Anda, tu fe te ha curado, es la respuesta de Jesús. Viene a decirle, no soy yo, ni mi Padre, eres tú, es tú fe, porque confías en Alguien, que está en ti y puede sanarte.

El dinamismo de la Fe Cristiana

En el proceso de la fe Dios toma siempre la iniciativa. Así actuaba Jesús en su vida pública, pues llamaba a hombres y mujeres a la conversión. Los evangelistas nos dicen que Jesús predicaba, que explicaba su proyecto, lo que él llamaba el Reino de Dios o de los cielos, que son la misma cosa, era una llamada a la conversión, pero no era una llamada a ciegas y el seguimiento tampoco era fruto de un entusiasmo emocional. Algunos le seguían, otros no, tendrían ataduras, verían inconvenientes que frenaban sus deseos iniciales y se quedaban como espectadores, al margen del camino. En ambos casos Jesús respetaba y respeta los procesos íntimos del ser humano, la libertad interior, no se impone. El seguimiento de sus primeros discípulos era fruto de una identificación con el proyecto del Reino, que al hacerlo suyo, acababa en una respuesta incondicional.

Y lo seguía por el camino...

Al llegar a este punto, lo que puede parecer que es solo un relato de sanación, hemos de verlo con la intencionalidad del evangelista, que a través de este milagro nos ofrece un mensaje más amplio que viene a ser una auténtica catequesis sobre la acción liberadora de Jesús. Por eso no se limita a presentarnos a Jesús como el hombre que hace milagros, no es un curandero, que restaura la salud perdida. Jesús va más allá, busca la sanación integral de la persona que está en la salud física y es su bienestar total que abarca también lo psíquico, lo espiritual, y la misma integración social. Es la liberación auténtica del ser humano que se siente plenamente realizado al descubrir una nueva vida llena de sentido.

Por eso al final de este episodio deja caer, como de pasada, que el ciego al recobrar la visión seguía a Jesús por el camino. Es decir, al descubrir a Jesús lo sigue sin condiciones, ha dejado todo al borde del camino, va ligero de equipaje, tiene una visión nueva de las cosas, se incorpora al proyecto de Jesús que terminará en la subida a Jerusalén y en la cruz. Podemos decir que la luz, que recobraron sus ojos le hicieron ver la Luz.



Fr. Jesús Mª Gallego Díez O.P.